

Truman Capote
Se oyen las musas

La sorprendente historia
de *Porgy and Bess* en la Unión Soviética.

Traducción de
Sandra Caula

SUR
BIG

Para Barbara Paley

Algunas partes de este libro aparecieron originalmente, con variaciones, en *The New Yorker*.

CUANDO ENMUDECEN LOS CAÑONES

EL SÁBADO DIECISIETE DE diciembre de 1955, un día húmedo y brumoso en Berlín Occidental, se pidió al reparto de la producción americana de *Porgy and Bess* y a otras personas asociadas a la compañía, un total de noventa y cuatro, reunirse en la sala de ensayos de la compañía para una “sesión informativa” dirigida por el señor Walter N. Walmsley jr. y el señor Roye L. Lowry, consejero y segundo secretario de la Embajada de los Estados Unidos en Moscú, respectivamente. Los señores Walmsley y Lowry habían viajado desde Moscú expresamente para asesorar y responder cualquier pregunta que los miembros de la producción tuviesen sobre su próxima presentación en Leningrado y Moscú.

Este viaje a Rusia, el primero jamás intentado por un grupo teatral estadounidense, sería la culminación de una gira mundial de cuatro años de *Porgy and Bess*. Había surgido tras muchos meses de complicadas y hasta, por momentos, confusas negociaciones entre la URSS y los productores de la ópera de Gershwin,

Robert Breen y Blevins Davis, que operaban con el nombre Everyman Opera Incorporated.

Aunque los rusos aún no habían entregado los visados, la enorme *troupe* —compuesta por cincuenta y ocho actores, siete personas entre bastidores, dos directores de orquesta, varias esposas y administrativos, seis niños y su maestra, tres periodistas, dos perros y un psiquiatra— estaba lista para partir en las próximas cuarenta y ocho horas, viajando en tren desde Berlín Oriental, pasando por Varsovia y Moscú, hasta Leningrado, una distancia de unos mil quinientos kilómetros que, al parecer, llevaría tres días y tres noches.

De camino a la reunión de información diplomática, compartí taxi con la señora de Ira Gershwin y un hombre musculoso y cuadrado llamado Jerry Laws, antes boxeador y ahora cantante. La señora Gershwin es, desde luego, la esposa del letrista quien, además de ser hermano de su compositor, es coautor de *Porgy and Bess*. De forma periódica, en los últimos cuatro años, ha dejado a su marido en su casa de Beverly Hills para acompañar a la ópera en su vuelta al mundo:

—Ira es un aguafiestas. Odia ir de una habitación a otra. Pero yo soy una gitana, cariño. Adoro las ruedas.

Conocida por sus amigos como Lee, abreviatura de Lenore, es una mujer menuda y frágil, devota de los diamantes, y los lleva, bastantes, tanto en el desayuno como en la cena. Tiene reflejos claros en el

cabello y cara en forma de corazón. Los fragmentos huidizos de su conversación, pronunciados con una voz de niña que se apresura en un susurro inseguro, están pegados con términos cariñosos.

—Oh, cielo —me dijo, mientras rodábamos bajo una oscura llovizna por la Kurfürstendamm—, ¿has oído lo del árbol de Navidad? Los rusos nos van a regalar un árbol de Navidad. En Leningrado. Me parece todo un detalle de su parte. Ya que ellos no *creen* en la Navidad. No creen, ¿verdad, cariño? De todos modos, su Navidad llega mucho más tarde. Porque tienen un calendario diferente. Cariño, ¿crees que es verdad?

—¿Que no creen en la Navidad? —dijo Jerry Laws.

—*No*, querido —dijo la señora Gershwin con impaciencia—. Lo de los micrófonos. Y las fotografías...

Hacía varios días que los de la compañía especulaban sobre la privacidad en Rusia. Se basaban en el rumor de que censurarían sus cartas, intervendrían sus habitaciones de hotel y habría cámaras ocultas en las paredes.

Tras un momento de reflexión, Laws dijo:

—Yo sí lo creo.

—¡Oh, cariño, no! —protestó la señora Gershwin—. ¡No puede ser verdad! Después de todo, ¿dónde vamos a chismorrear? A menos que simplemente lo hagamos en el baño y mientras tiramos de la cadena. En cuanto a las cámaras...

—También lo creo —dijo Laws.

La señora Gershwin se sumió en un silencio reflexivo hasta que llegamos a la calle donde estaba la sala de ensayos.

Luego, algo melancólica, dijo:

—*Sigo* pensando que es bonito lo del árbol de Navidad.

Llegamos cinco minutos tarde, y nos costó encontrar asiento en las sillas plegables que se habían colocado en un extremo de la sala de ensayos con espejos. Había mucha gente y la sala estaba bien caldeada; sin embargo, muchos de los presentes, como si sintieran ya los fríos vientos de las estepas, estaban sentados abrigados con toda la parafernalia —las bufandas y los abrigos de lana— adquirida especialmente para su viaje a Rusia. Un espíritu competitivo había impregnado la compra de estos atuendos, y más de uno tenía cierto aspecto esquimal.

Robert Breen abrió la sesión. Además del coproductor de *Porgy and Bess*, es su director. Después de presentar a los representantes de la Embajada de Moscú —los señores Walmsley y Lowry, que estaban sentados detrás de una mesa frente a nosotros—, el señor Walmsley, un hombre corpulento de mediana edad con un corte de pelo a lo Mencken y unos modales secos y pausados, empezó hablando de la “oportunidad única” que ofrecía la gira propuesta y felicitó por adelantado a la compañía por el “gran éxito” que estaba seguro tendría detrás del telón de acero.

—En la Unión Soviética no pasa nada que no esté planeado; y, como está *planeado* que ustedes

tengan éxito allí, me siento absolutamente seguro felicitándolos desde ya.

Como si percibiera una falta en el presunto cumplido de su colega, el señor Lowry, un hombre joven con la fachada estirada de un maestro de escuela, se interpuso para sugerir que, si bien lo que había dicho el señor Walmsley era perfectamente correcto, también era cierto que “en Rusia se los esperaba con un auténtico entusiasmo”.

—Conocen la música de Gershwin. De hecho, un ruso conocido mío me dijo que la otra noche estuvo en una fiesta en la que tres amigos suyos cantaron “Bess, You Is My Woman Now” hasta el final.

El elenco sonrió con gratitud y el señor Walmsley siguió:

—Sí, hay rusos muy simpáticos. Gente muy agradable. Pero tienen un mal gobierno —dijo en un tono pausado—. Hay que tener siempre presente que su sistema de gobierno es en esencia hostil al nuestro. Es un sistema, con normas y reglamentos, como nunca se ha experimentado antes. Desde luego, en mi experiencia, que es larga, nunca he encontrado nada igual.

Un miembro del reparto, John McCurry, levantó la mano para hacer una pregunta. McCurry interpreta el papel del villano Crown, y su propia apariencia, alto y pesado y un poco intimidante, corresponde al papel. Tenía una pregunta:

—Supongamos que algunas de estas personas nos invitan a sus casas. Verá, en la mayoría de los

lugares a los que vamos, la gente hace eso. ¿Está bien que vayamos?

Los dos diplomáticos intercambiaron una mirada divertida.

—Como bien puede imaginarse —dijo el señor Walmsley—, en la embajada nunca hemos tenido ese problema. No nos invitan a *ningún sitio*. Salvo oficialmente. No puedo decir que no les pase a *ustedes*. Y, si es así, por supuesto que aprovechen la oportunidad. Por lo que tengo entendido —continuó—, sus anfitriones tienen previsto un amplio programa de entretenimiento. Algo cada minuto. Suficiente para agotarlos.

Algunos de los más jóvenes se relamieron ante esta perspectiva, pero uno se quejó:

—Yo no tomo ni gota de nada. Así que cuando hagan todos esos brindis de los que hemos oído hablar, ¿cómo me libro de ellos con elegancia?

El señor Walmsley se encogió de hombros.

—No tienes que beber si no quieres.

—Vale, tío —le aconsejó un amigo al preocupado—, nadie tiene que beber lo que no quiera. Y lo que no quiera me lo da a mí.

Las preguntas no se hicieron esperar. Los padres, por ejemplo, estaban preocupados por sus hijos. ¿Habría leche pasteurizada? Sí. Aun así, el señor Lowry pensó que era aconsejable llevar una provisión de leche en polvo Starlac, que era con lo que alimentaba a sus dos hijos. Y el agua, ¿era potable?

Perfectamente segura. El señor Walmsley la bebía a menudo del grifo.

—¿Cómo se dirige uno a un ciudadano soviético?

—Bueno —dijo el señor Walmsley—, yo *no los llamaría “camarada”*. “Señor” y “señora” bastan.

Y las compras, ¿eran caras?

—Escandalosamente, pero apenas importa; de todos modos, no hay mucho que comprar.

—¿Hacía mucho frío?

—Oh, de vez en cuando *puede* llegar a treinta y dos bajo cero.

—En ese caso, ¿nuestras habitaciones de hotel estarían calientes?

—Sí, seguro. Demasiado calientes, en realidad.

Una vez repasados estos fundamentos, una voz desde el fondo se alzó para decir:

—Ha habido mucha charla sobre mitos por aquí. Hemos oído que nos van a seguir todo el tiempo.

—¿Seguirlos? —El señor Walmsley sonrió—. Podría ser. Aunque no de la manera en que están pensando. Si asignan a alguien para que los siga, será para protegerlos. Mire, ustedes tendrán una atención extraordinaria, habrá muchedumbres dondequiera que vayan. No será como caminar por una calle de Berlín. Por esa razón puede que los sigan, sí.

—Después de todo —dijo el señor Lowry—, el Ministerio de Cultura ha estado tan ansioso de tenerlos allí que probablemente recibirán un trato muy generoso, libre de las molestias y fastidios que podrían alejar a un visitante extranjero.

La voz de atrás persistió, con un tono de decepción.

—Hemos oído que nos van a seguir. Y que van a abrir nuestras cartas.

—Ah —dijo el señor Walmsley—, *eso* es otro asunto. Algo que se da por sentado. Yo siempre doy por hecho que mis cartas han sido abiertas.

La audiencia se removió en sus sillas con ojos desorbitados de te-lo-dije. La secretaria de Robert Breen, Nancy Ryan, se puso en pie. La señorita Ryan (promoción Radcliffe¹ 1952) lleva tres meses en la compañía y aceptó el trabajo por su interés en el teatro. Es neoyorquina, rubia, tiene los ojos muy azules, es alta, mide algo menos de metro ochenta, y se parece mucho a su madre, una belleza célebre y fotografiada a menudo, la señora de William Rhinelander Stewart. Quería sugerir algo.

—Señor Walmsley, si es cierto que nuestras cartas serán censuradas, ¿no sería mejor escribir toda nuestra correspondencia en tarjetas postales? Quiero decir, si no tuvieran que abrirla para leerla, ¿no causaría eso menos retraso en el correo saliente?

El señor Walmsley no parecía creer que el plan de la señorita Ryan tuviera mucho mérito, ni como dispositivo para ahorrar tiempo ni para ahorrar problemas. Mientras tanto, la señora Gershwin había estado instando a Jerry Laws a que entrara en acción:

1 Radcliffe era una universidad femenina en Cambridge, Massachusetts, que luego se fusionó con Harvard University.

—Vamos, cariño. Pregúntale por los micrófonos. Laws llamó la atención del diplomático.

—A muchos de nosotros —dijo— nos preocupa la posibilidad de escuchas en nuestras habitaciones.

El señor Walmsley asintió:

—Yo diría que es más que una posibilidad. De nuevo, es el tipo de cosas que uno debe dar por sentadas. Desde luego, nadie en verdad *lo sabe*.

Hubo una pausa silenciosa, durante la cual la señora Gershwin, jugando con su broche de diamantes, pareció esperar a que Jerry Laws sacara el tema de las cámaras ocultas, pero no tuvo ocasión antes de que McCurry recuperara la palabra.

McCurry se inclinó hacia delante, encorvando sus fornidos hombros. Dijo que creía que ya era hora de que se dejaran de rodeos y abordaran “el gran problema”.

—El gran problema es, ¿entonces qué diremos cuando nos pregunten cosas políticas? Me refiero a la situación de los negros.

La profunda voz de McCurry hizo que la pregunta recorriera la sala como una ola, captando a su paso todo el interés del público. El señor Walmsley vaciló, como si no estuviera seguro de si encararla o evadirla; en cualquier caso, no parecía preparado para afrontarla directamente.

—No tienen por qué responder a preguntas políticas, como tampoco ellos responderían a preguntas de esa naturaleza si ustedes se las formularan. —Walmsley

se aclaró la garganta y añadió—: Es todo terreno peligroso. Como caminar sobre cáscaras de huevo.

Los murmullos de la audiencia indicaron que el consejo del diplomático les parecía inadecuado. Lowry susurró al oído de Walmsley, y McCurry consultó a su esposa, una mujer melancólica que estaba sentada a su lado con su hija de tres años en el regazo. Entonces McCurry dijo:

—Pero seguro que nos preguntan por la situación de los negros. Siempre lo hacen. El año pasado estuvimos en Yugoslavia y todo el tiempo que estuvimos allí...

—Sí, lo sé —dijo Walmsley perentoriamente—. De eso hablamos. Ese es el punto, ¿no?

La declaración de Walmsley, o posiblemente la forma en que la hizo, pareció desagradar a varias personas, y Jerry Laws, una leyenda en la empresa por su carácter combativo, se puso en pie de un salto, con el cuerpo rígido por la tensión.

—Entonces, ¿cómo lo manejamos? ¿Explicamos lo que pasa? ¿Decimos la verdad? ¿O prefiere que lo suavicemos?

Walmsley parpadeó. Se quitó un par de gafas de pasta y les sacó brillo con un pañuelo:

—¿Por qué no decir la verdad? —dijo—. Créame, señor, los rusos saben tanto de la situación de los negros como usted. Y les importa un bledo, de una u otra forma. Salvo las declaraciones, la propaganda, cualquier cosa que puedan convertir en interés propio. Creo que debería tener en cuenta que cualquier entrevista

que conceda será recogida por la prensa americana y reimpressa en los periódicos locales.

Una mujer, la primera en hablar, se levantó de su asiento en primera fila.

—Todos sabemos que en casa hay discriminación —dijo con una voz tímida que todos escucharon con respeto—. Pero en los últimos ocho años los negros hemos progresado mucho. Hemos recorrido un largo camino y esa es la verdad. Podemos señalar con orgullo a nuestros científicos, artistas. Si hiciéramos eso (en Rusia), estaría muy bien.

Otros estuvieron de acuerdo y se dirigieron al grupo en términos similares. Willem Van Loon, hijo rusoparlante del difunto historiador y una de las personas encargadas de la publicidad de la Everyman Opera, anunció:

—Estoy muy muy contento de que este asunto se esté conversando tan a fondo. El otro día un par de miembros del reparto grabaron una entrevista para las emisoras de American Service aquí en Alemania y, al tocar este punto, la cuestión racial, sabía que teníamos que ser muy, muy cuidadosos, por estar tan cerca de Berlín Este y por la posibilidad de que nos vigilaran.

—Por supuesto —dijo Walmsley, interrumpiendo en voz baja—. Supongo que te das cuenta de que nos están vigilando ahora mismo.

Era evidente que Van Loon no se había percatado, ni nadie más, a juzgar por la consternación general y las miradas en derredor para averiguar quién podía

ser la causa del comentario de Walmsley. Pero no había nada evidente, al menos en forma de misteriosos desconocidos. Van Loon, sin embargo, no terminó lo que pretendía decir. Su voz se desvaneció, al igual que la reunión, que pronto llegó a una conclusión imprecisa. Ambos diplomáticos se sonrojaron cuando la compañía les dio las gracias con un aplauso.

—Gracias —dijo Walmsley—. Ha sido un gran placer hablar con ustedes. El señor Lowry y yo no entramos a menudo en contacto con el ambiente de los camerinos.

El director, Robert Breen, convocó entonces al reparto para ensayar, pero antes de que empezara hubo mucho ajeteo e intercambio de opiniones sobre la “sesión informativa”. Jerry Laws se limitó a dos palabras:

—No informativa.

La señora Gershwin, por el contrario, la encontró al parecer demasiado informativa:

—Estoy estupefacta, cariño. Piensa en vivir así. Siempre suponiendo. *Sin saber nunca*. En serio, cariño, ¿dónde vamos a chismorrear?

Abajo, Warner Watson, ayudante de producción del señor Breen, se ofreció a llevarme de vuelta al hotel.

Me presentó al doctor Fabian Schupper, que también compartió el taxi. El doctor Schupper es un estudiante norteamericano del German Psychoanalytic Institute. Me dijeron que lo habían invitado a la gira rusa para contrarrestar el “estrés” que pudieran

experimentar los miembros de la compañía. En el último momento, para su decepción, el doctor Schupper no fue, ya que la dirección decidió que, después de todo, tal vez no era necesario un psiquiatra, aunque saber que el psicoanálisis y sus practicantes no eran bienvenidos en la Unión Soviética pudiera haber contribuido a ello. Pero en ese momento, en el taxi, estaba aconsejando a Warner Watson que “se relajara”.

—A la gente relajada *no* le asignan producciones como esta en el circuito samovar —dijo Watson, y encendió un cigarrillo con unas manos que temblaban notablemente.

Watson está en la treintena. Empieza a encanecer y lleva un corte de pelo militar; sus ojos tímidos y resignados son marrones. En su rostro, y también en sus modales, se percibe una dulzura borrosa, un cansancio que supera su edad. Antiguo actor, está vinculado a la *Everyman Opera* desde su creación, en 1952. En su trabajo, se ocupa sobre todo de lo que llama “acotar”. Durante las dos últimas semanas en Berlín, estuvo a punto de instalarse en la embajada soviética para tratar de acotar algunas cosas. A pesar de sus esfuerzos, quedaban muchos asuntos por resolver. Entre ellos, estaba la situación de los pasaportes de la compañía que, a estas alturas, seguían en manos rusas a la espera de las visas. Además, Watson tenía problemas con el tren en el que la compañía viajaría a Leningrado. La producción había solicitado cuatro coches-cama. Los rusos habían respondido,

rotundamente, que solo podían suministrar tres coches de segunda clase con “camas blandas” (el término ruso para las literas). Estos coches, junto con un vagón de equipaje y otro para la escenografía del espectáculo, irían enganchados al Blue Express, un tren soviético que circulaba entre Berlín Este y Moscú. Watson no pudo obtener de los rusos un plano de los vagones con “camas blandas”, por lo que no pudo determinar la distribución de los dormitorios. Por lo tanto, imaginó en el tren una *Walpurgisnacht*²: “Más cuerpos que camas”. Tampoco pudo saber en qué hoteles de Leningrado o Moscú se alojaría la *troupe*, ni otros detalles por el estilo. “Nunca te dicen todo sobre nada. Ni todo a la vez. Si te dicen A, puede que te digan B, pero entre las dos hay una larga, larga espera”.

Aparentemente, sin embargo, los propios rusos no practicaban la misma paciencia que exigían a los demás. Unas horas antes había llegado de Moscú un cable que Watson contaba entre las causas de que le temblaran las manos:

A MENOS QUE LAS ORQUESTACIONES SEAN ENTREGADAS ESTA NOCHE EN LA EMBAJADA DE BERLÍN SE POSPONDRA EL ESTRENO EN LENINGRADO Y SE REDUCIRÁ LA TARIFA.

Los soviéticos llevaban semanas exigiéndolas, porque querían que sus músicos ensayaran antes de

2 Noche de brujas o Halloween.

que la compañía llegara. Breen, temiendo que las orquestaciones, su única copia, se perdieran durante el transporte, se había negado a acceder. Pero este cable ultimátum, con sus dos últimas y funestas palabras, parecía haberle hecho cambiar de opinión, y ahora Watson se dirigía a entregarlas a la embajada soviética.

—No se preocupe —dijo Watson, secándose las gotas de humedad del labio superior—. Yo *no* estoy preocupado. Vamos a conseguir acotar todo esto.

—Relájese —dijo el doctor Schupper.

De vuelta a mi hotel, el Kempenski, donde se alojaban muchos de los miembros de la compañía, pasé por la *suite* de Breen para ver a su mujer, Wilva. Acababa de regresar de un vuelo nocturno a Bruselas, donde fue a consultar a un médico. Llevaba algún tiempo sintiendo punzadas de apendicitis y, cuando el día anterior voló a Bruselas, lo hizo pensando que tal vez tendría que someterse a una operación inmediata, con lo que cancelaría su participación en el viaje a Rusia. En octubre había pasado diez días en Moscú discutiendo los preparativos del viaje con el Ministerio de Cultura, una experiencia “fascinante”; estaba ansiosa por volver.

—Todo está bien, el médico dice que puedo ir. No sabía cuánto lo deseaba hasta que pensé que no podría —dijo, esbozando esa sonrisa que parecía menos una expresión que una consecuencia de su personalidad, ansiosa por complacer.